

# Transiciones dentro y fuera del mercado de empleo en Uruguay (1991-2006)

## Transformaciones en la estructura social y su impacto sobre los ciclos vitales ocupacionales\*

*por Santiago Cardozo*

El Uruguay ostentó durante buena parte del siglo pasado unos niveles de bienestar social comparativamente altos en la región. Esta situación estuvo ligada a la articulación de distintos procesos, entre los que destacan: a) las dinámicas en la esfera productiva que habilitaron diversas formas de movilidad ocupacional ascendente, lo que favoreció la conformación de clases medias asalariadas y urbanas con buenos niveles de protección; b) una notable expansión de las burocracias públicas y una fuerte acción del Estado en la regulación del mercado de trabajo y en el desarrollo de la política social ligada al empleo protegido en educación, salud y seguridad social, y c) un temprano proceso de transición demográfica que derivó en profundos cambios en la estructura social del país. El agotamiento del modelo de desarrollo hacia adentro, la caída del sector secundario y el retraimiento del Estado en cuanto empleador y regulador del mercado laboral impactaron duramente en la estructura social del país y en las oportunidades y los riesgos derivados de la inserción ocupacional

**El autor.** Sociólogo, candidato a master por la Universidad de la República. Docente de la UCUDAL. Investigador del IPES.

---

\* Deseo expresar mi agradecimiento al equipo de trabajo del IPES de la Universidad Católica y en especial a Federico Rodríguez, por su apoyo y sus estimulantes comentarios, correcciones y sugerencias durante la elaboración de las versiones preliminares de este trabajo.

de distintos sectores de la población. El presente artículo explora tres procesos vinculados a los cambios en los ciclos vitales ocupacionales que se esbozan en la última década y media: la transición al empleo en la población joven, las trayectorias de retiro de la fuerza laboral entre los adultos mayores y los procesos de entrada y salida de la actividad en el caso específico de las mujeres.

## **1. El desarrollo del sistema de bienestar y la estructura social**

Uruguay avanzó tempranamente en el siglo XX en una potente legislación social y laboral en función de un Estado con amplia incidencia sobre la estructura económica, primero agroexportadora y más tarde de tipo ISI (industrialización por sustitución de importaciones). Desde el primer batllismo el sector público pasó a participar directamente de la actividad productiva y de la comercialización de un conjunto importante de bienes y servicios. Esto dotó al Estado de una gran capacidad para el control de actividades clave de la economía, como el crédito, los seguros, las comunicaciones, los transportes y la energía, tendencia que se intensificaría en los años treinta y cuarenta (Bertino et al., 2005). Hasta finales de los cincuenta el país adoptó un paquete de medidas altamente regulacionistas de la economía, tanto en la industria como en los sectores agropecuario, de servicios y de las finanzas. En particular desde la década del cuarenta y hasta la crisis de neobatllismo, se puso en marcha la política de promoción industrial más impetuosa que se registra en la historia del país, lo que impactó profundamente en la distribución sectorial de la mano de obra ocupada.

En el ámbito del trabajo, el Estado montó tempranamente un importante andamiaje de regulación institucionalizado en la creación de los consejos de salarios y Asignaciones Familiares en la década del cuarenta, así como, apoyado por las políticas de fijación de salarios mínimos, la creación de empleo público, el control de precios de artículos de primera necesidad y la importante legislación laboral y social (Bertino et al., 2005: 58). Este conjunto de características, articuladas con el peso de las políticas sociales en sectores como la educación, la salud o la vivienda y la seguridad social, sentaron las bases del modelo de bienestar que primaría aún por algunas décadas. En ese marco, los sindicatos desarrollaron una gran capacidad de movilización frente a las condiciones laborales y salariales de una economía siempre dependiente de las fluctuaciones del capitalismo mundial y adquirieron mayor protagonismo una vez unificados en la Central Nacional de Trabajadores (CNT), en 1966.

Este modelo tuvo fuertes efectos sobre un conjunto de procesos de largo plazo que favorecieron pautas ascendentes de movilidad social estructural (Filgueira, 2001). En primer lugar, las transformaciones productivas tuvieron efectos dinámicos en la formación de un proletariado industrial y en general en la emergencia de sectores de clase media asalariados. Paralelamente, el notable crecimiento del aparato del Estado trajo consigo el paulatino desarrollo de una burocracia administrativa pública y la expansión de los sistemas de educación, de salud y seguridad social. Por último, los efectos de la primera transición demográfica, especialmente el descenso de las tasas de fecundidad en las clases medias y altas, conjuntamente con el fuerte proceso de urbanización que observó el país, contribuyeron a operar cambios en el mismo sentido. En conjunto, estas transformaciones favorecieron una pauta relativamente destacada de movilidad estructural en Uruguay, si bien los estudios pioneros desarrollados en las décadas del sesenta y el setenta comenzaban a señalar algunos costados problemáticos, entre otros: la emergencia de cinturones periféricos de pobreza, las formas incipientes de desintegración social y el insuficiente dinamismo del mercado de trabajo.

Por su parte y, tal como se registraba en el conjunto de la región, la movilidad estructural ocultaba parcialmente la rigidez relativa de estas sociedades en términos de movilidad circulatoria o individual intergeneracional, sensiblemente más acotada. De todas formas, Uruguay aparecía en el contexto regional como uno de los países con estructura social más permeable.

## **2. Las transformaciones en las últimas décadas**

Los cambios en el modelo productivo del país y la concomitante desarticulación de las estructuras básicas de bienestar (asociada a las transformaciones en el Estado, el mercado y la familia) tuvieron un fuerte impacto sobre los vínculos de las personas con el trabajo. Entre las principales transformaciones de las últimas décadas cabe anotar al menos la caída del sector industrial —sumamente importante si se considera el mediano y largo plazo— y el debilitamiento del Estado, tanto en su papel de empleador directo como en la regulación del empleo (Kaztman y Retamoso, 2007).

En efecto, el primer conjunto de elementos que destacan cuando se considera el mediano plazo refiere a la fuerte caída de los ocupados en la industria y en el Estado, sectores que han ostentado históricamente los mayores niveles de protección, estabilidad y, por ser los más sindicalizados, mejor capacidad de negociación. El sector secundario disminuyó dramáticamente su participación en los últimos 35 años en favor del sector terciario. A modo

de ejemplo, en Montevideo pasó de agrupar a casi un 40% de la población ocupada a no más del 20%. Esta tendencia se explica especialmente por la caída del empleo industrial. Simultáneamente, el Estado tendió a replegarse como empleador. Este proceso venía gestándose desde la década de los setenta, pero se agudizó en la segunda mitad de los noventa, dando paso a la emergencia de arreglos laborales novedosos vinculados a la tercerización de un conjunto de servicios antes cubiertos directamente por el sector público y a la proliferación de situaciones vinculadas a la incorporación de becarios, contratos de obra y a término. El repliegue del Estado dejó al descubierto la insuficiencia dinámica del mercado de empleo —en el sentido en que emplea el término V. Tokman (2001)— y favoreció la flexibilización, lo que se expresó en un aumento del trabajo informal y una reducción de los niveles de sindicalización en el sector público (Filgueira y Gelber, 2003).

Adicionalmente, el Estado perdió protagonismo en la regulación de las condiciones de trabajo, de contratación y despido, así como en la fijación de niveles mínimos de salarios. Los consejos de salarios dejaron de convocarse y se fue abandonando la fijación de aumentos de carácter general que amparaban especialmente a los grupos de actividad carentes de representación sindical. El punto es importante, ya que por lo general estos grupos no se encuentran al amparo de convenios colectivos de trabajo. Por su parte, la progresiva apertura de la economía reforzó la desregulación laboral.

En este marco, los ajustes salariales y las condiciones de empleo en el sector privado pasaron a ser definidos casi exclusivamente por las empresas, sin la mediación de un Estado que prácticamente limitó su acción a la fijación del salario mínimo nacional, rural y doméstico. A su vez, la negociación por rama fue progresivamente sustituida por la negociación en cada empresa, con lo que perdió su carácter agregado. La desprotección de los trabajadores se corresponde en este período con una fenomenal caída en los niveles de sindicalización: se ha estimado que entre los años 1987 y 2000 las afiliaciones en el sector privado cayeron un 60% (Filgueira y Gelber, 2003). Este estado de cosas llevó a que los costos del trabajo (nivel de empleo y salarios) pasaran a constituirse en la variable de ajuste para alcanzar niveles de competitividad, mientras se desdibujaban las formas político-institucionales de regulación. Otra consecuencia importante de este proceso fue que la política social dejó de atarse al trabajo y se orientó progresivamente hacia políticas sectoriales vinculadas a categorías poblacionales objetivo (por ejemplo, la infancia, los jóvenes, las mujeres), lo que implica una profunda transformación en los mecanismos tradicionales de integración de la sociedad ligados a las transferencias hacia la seguridad social, a los sistemas de Asignaciones Familiares, de seguro de paro y de enfermedad, aguinaldos, licencias, etcétera.

En este contexto, el campo laboral observó algunas claras tendencias de deterioro. En primer término, el desequilibrio entre la oferta y la demanda de trabajo, evidenciado en los altos niveles de desocupación y subocupación registrados a pesar de la fuerte emigración de buena parte de la fuerza de trabajo, favoreció desde la segunda mitad del siglo un dramático deterioro del salario real medio de los trabajadores. El notable crecimiento de la población económicamente activa —resultante en parte de las propias estrategias familiares de movilización de mano de obra «secundaria» como respuesta a las coyunturas de crisis, y en parte de los cambios estructurales que implicaron el vuelco de las mujeres al mercado de trabajo— reforzó la caída del salario en el marco de un insuficientemente dinamismo (Astori, 2005: 89).

Además, la dinámica de la estructura socioocupacional se vio profundamente afectada. En términos generales, se han subrayado las siguientes tendencias: la creciente inestabilidad de los puestos de trabajo (lo que afecta las carreras laborales individuales), el aumento de la movilidad intersectorial asociada a la caída del sector secundario en favor del sector de comercio y servicios, la desalarización y la consecuente pérdida de prestaciones asociadas, la agudización de la desocupación, el subempleo y el trabajo precario o desprotegido (Supervielle y Quiñones, 2005; Filgueira y Gelber, 2003). Concomitantemente, se ha llamado la atención sobre el debilitamiento de los vínculos con el mercado laboral entre los sectores menos calificados, lo que generó refuerzos hacia la reproducción intergeneracional de las situaciones de pobreza y vulnerabilidad (Kaztman y Retamoso, 2007).

### **3. Estructura, movilidad y ciclos vitales ocupacionales**

Además de las transformaciones globales en la estructura ocupacional, los procesos señalados han incidido en las dinámicas de movilidad intergeneracional asociadas a los ciclos vitales laborales, es decir, a la relación entre edad y división del trabajo (Jelin, 1973). Básicamente interesa señalar en este contexto algunas tendencias asociadas a los ciclos de ingreso y salida de la fuerza de trabajo y a la distribución etaria de las ocupaciones.

Con la información disponible no es posible analizar las trayectorias de movilidad intrageneracional (transformaciones en las carreras laborales individuales). En cambio, se pueden estimar, a partir de aproximaciones, algunas pautas relativas a la movilidad intergeneracional.

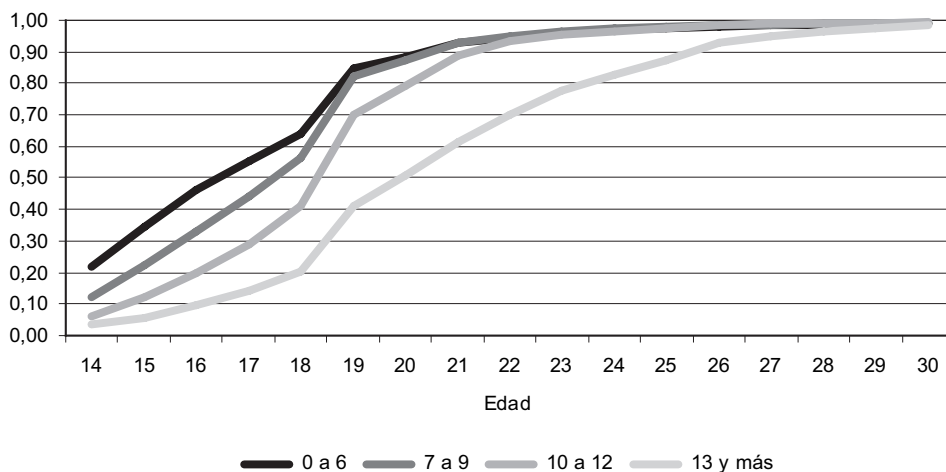
### 3.1. Los cambios en los primeros ciclos ocupacionales

#### 3.1.1. La edad al ingreso y las tasas de actividad de la población joven

La mayor parte de la evidencia disponible sugiere que las cohortes más jóvenes de uruguayos tienden a incorporarse a la fuerza de trabajo en forma algo más tardía que las anteriores. Esta pauta se inscribe en la tendencia más general a la postergación de las trayectorias de emancipación juvenil (Cardozo y Iervolino, 2007), entre las que la literatura destaca la salida de la escuela, la unión conyugal, la conformación de un hogar propio y la tenencia de hijos (Leccardi, 2005). Sin embargo, en el caso del trabajo es necesario realizar algunas puntualizaciones específicas.

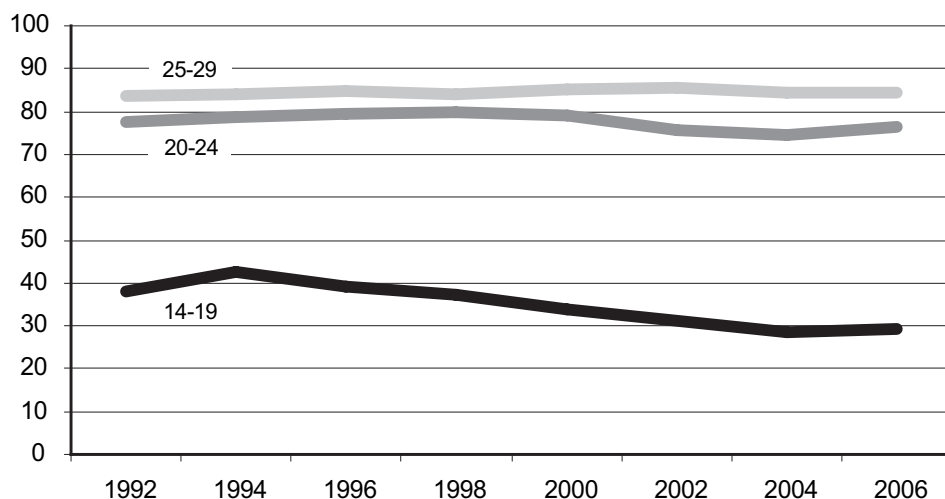
La edad a la que se obtiene el primer empleo constituye un primer indicador para analizar el momento de la transición al trabajo. La Encuesta Nacional de Hogares Ampliada de Uruguay releva actualmente esta información en forma retrospectiva, pero lo hace únicamente para la población activa. Esto limita el estudio de las transiciones femeninas, puesto que, como se verá, un conjunto importante de las mujeres que ingresan a la fuerza laboral

**Gráfico 1. Edad del primer trabajo para distintas cohortes de varones que alguna vez trabajaron. Localidades de 5000 habitantes o más, 2006**



Fuente: Elaboración propia basada en la ENHA del INE.

**Gráfico 2. Evolución de la tasa de actividad según tramos de edad. Localidades de 5000 y más habitantes, 1992-2006**

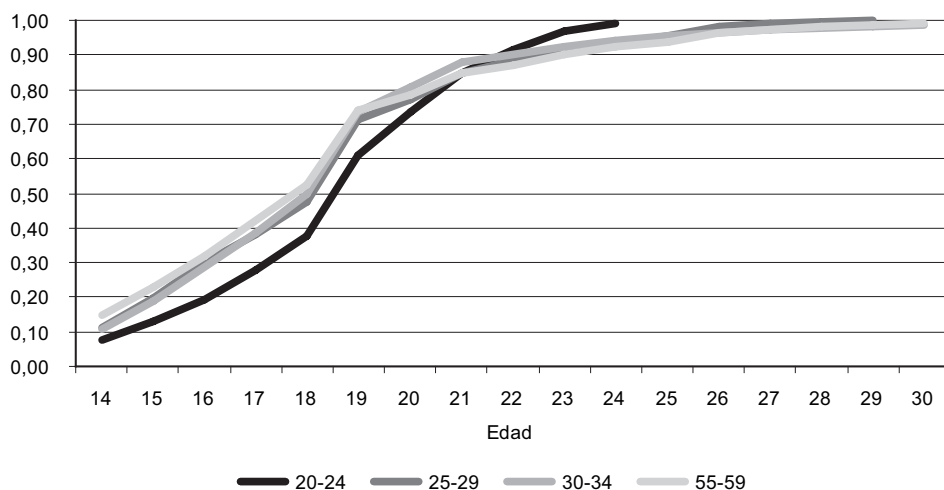


Fuente: Elaboración propia basada en la ECH y la ENHA del INE.

se retiran en las siguientes etapas vitales. En el caso de los varones, el análisis de supervivencia para el evento *ingreso al primer empleo* revela que los cambios acaecidos en la edad de la transición en los últimos 15 años no han sido de gran magnitud. De hecho, únicamente se constata una postergación significativa para la cohorte de hombres que tenían entre 20 y 24 años en el 2006, sin encontrar variaciones importantes para las restantes (gráfico 1). Además, debe considerarse que, incluso para los primeros, los resultados están afectados por el hecho de que buena parte de esta cohorte no ha realizado todavía el tránsito al empleo.

Sin embargo, la evolución de los niveles de empleo y actividad indica que la inserción laboral en las primeras etapas del ciclo ocupacional presenta, para las generaciones recientes, un carácter más intermitente. De hecho, las tasas de empleo y de actividad de la población joven han tendido a disminuir en la última década y media. Entre los 14 y los 19 años, esta situación ya se manifestaba con claridad desde la mitad de los noventa, tanto en hombres como en mujeres. La reciente reactivación del mercado de trabajo tras la crisis del 2002 impactó en un leve crecimiento del empleo en este grupo y en un estancamiento de la caída de la actividad, pero no llegó a revertir la pauta descrita. En el tramo 20-24 años, en tanto, se registra un proceso similar,

**Gráfico 3. Edad de ingreso al primer empleo según educación. Varones de entre 20 y 59 años. Localidades de 5000 habitantes o más, 2006**



Fuente: Elaboración propia basada en la ENHA del INE.

aunque las tendencias aparecen en este caso más atadas a los ciclos coyunturales de la economía (gráfico 2).

En resumen, la postergación del tránsito hacia el trabajo en las generaciones más recientes no se expresa tanto en una mayor edad en el ingreso al primer trabajo (a excepción, quizás, de la cohorte más reciente), sino que resulta de la alternancia de situaciones de entrada y salida de la condición de actividad durante las primeras etapas vitales del ciclo ocupacional. Como se verá, este carácter intermitente culmina para los varones luego de los 25 años, en tanto para las mujeres adquiere características algo distintas.

Además de las dinámicas estrictamente económicas del mercado de empleo, estas tendencias parecen venir asociadas a los cambios sociales y familiares que subyacen a la forma en que asumen las trayectorias juveniles de transición hacia la vida adulta. En este sentido, la menor participación de los más jóvenes en la esfera del trabajo es concomitante a la postergación de la edad en que los uruguayos se unen y tienen hijos, así como a una mayor permanencia en el sistema educativo (Cardozo y Iervolino, 2007). Por ejemplo, con respecto al año 1991, en el 2006 se registra una disminución del porcentaje de personas de entre 14 y 19 años que trabajan o buscan trabajo y han abandonado la educación, y un aumento de quienes asisten a



**Cuadro 1. Población de 14 a 24 años según condición de actividad y asistencia a educación por tramos de edad. Localidades de 5000 habitantes o más, 2006**

	1991	2006	Diferencia
<b>14 a 19 años</b>			
Trabaja o busca trabajo y asiste a educación	13,3	12,1	-1,2
Trabaja o busca trabajo y no asiste a educación	24,7	17,3	-7,4
No trabaja ni busca trabajo y asiste a educación	53,6	59,9	6,3
No trabaja ni busca trabajo y no asiste a educación	8,5	10,7	2,2
<b>Total</b>	<b>100</b>	<b>100</b>	
<b>20 a 24 años</b>			
Trabaja o busca trabajo y asiste a educación	15,5	22,1	6,6
Trabaja o busca trabajo y no asiste a educación	62,0	54,1	-7,9
No trabaja ni busca trabajo y asiste a educación	11,1	13,2	2,2
No trabaja ni busca trabajo y no asiste a educación	11,3	10,5	-0,9
<b>Total</b>	<b>100</b>	<b>100</b>	

Fuente: Elaboración propia basada en la ECH del INE.

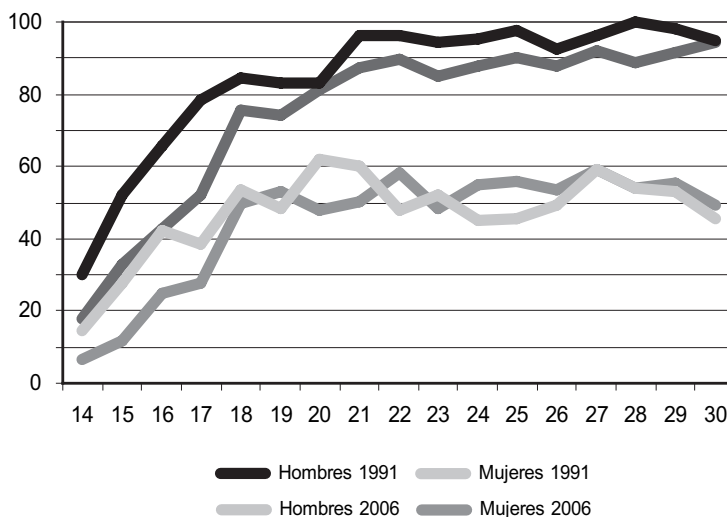
la enseñanza y son inactivos. En el grupo de 20 a 24 años se incrementa el peso relativo de quienes estudian y trabajan simultáneamente, en desmedro de aquellos que son activos pero no asisten a la educación.

Estas pautas suponen, en principio, una ampliación en las oportunidades de las nuevas generaciones en términos de acumulación de capital humano. Sin embargo, es importante subrayar que persiste una proporción significativa (relativamente constante en torno al 10%) de jóvenes que no son activos pero tampoco estudian (cuadro 1).

Por otra parte, el momento del ingreso a la actividad evidencia una marcada diferencia por educación y sexo. Si bien los jóvenes con mayor nivel de escolarización continúan realizando el tránsito en forma marcadamente más tardía, el descenso de la tasa de actividad de la población más joven es mayor, en términos relativos, entre los sectores menos educados. Estos resultados sugieren un paulatino proceso de convergencia en el calendario de las transiciones a la fuerza de trabajo.

Por su parte, las diferencias en las tasas de actividad por sexo en la población más joven no han mostrado cambios en la última década y media: en estas edades, los varones siguen participando del trabajo en mayor medida

**Gráfico 4. Tasa de actividad de hombres y mujeres según edades simples. Localidades de 5000 habitantes o más, 1991 y 2006**



Fuente: Elaboración propia basada en la ECH y la ENHA del INE.

y en forma más prematura que las mujeres, y ambos lo hacen en menor medida que una década y media atrás (gráfico 4).

### **3.1.2. Señales de cambio en los primeros ciclos ocupacionales (1991-2006)**

La inserción en las primeras etapas del ciclo vital laboral constituye un área de gran interés para el análisis de los cambios intergeneracionales en la estructura ocupacional. Los estudios clásicos sobre movilidad ocupacional comparan la situación de los ocupados actuales respecto a la de sus padres a partir de la comparación de la posición ocupacional de cada individuo (ya sea actual o en su primer empleo) con la de origen, es decir, la que tuvieron sus padres (más frecuentemente, el varón o el jefe de hogar) en el pasado. Lamentablemente, este tipo de abordaje requiere datos relevados específicamente con tales propósitos. Una forma relativamente tosca de aproximarse al análisis de la movilidad estructural intergeneracional es a partir del examen global de las características de la ocupación del conjunto de la población joven en dos momentos.<sup>1</sup>

**Cuadro 2. Composición de la población ocupada. Personas de 25 a 35 años. Localidades de 5000 habitantes o más, 1991-2006**

<b>Composición de la población ocupada</b>	<b>1991</b>	<b>2006</b>
<b>Categoría de la ocupación</b>		
Empleado privado	54,1	63,4
Empleado público	25,7	14,1
Patrón	3,5	2,5
Cuenta propia	15,1	19,0
Otros	1,5	1,0
<b>Región</b>		
Montevideo	56,9	51,8
Interior	43,1	48,2
<b>Sexo</b>		
Hombres	56,9	55,2
Mujeres	43,1	44,8

Fuente: Elaboración propia basada en la ECH y la ENHA del INE.

Con tal propósito, en el cuadro siguiente se comparan algunas características de la población ocupada de 25 a 35 años —edades en que se consolida el ingreso a la fuerza de trabajo— para los años 1991 y 2006. La evidencia muestra algunas pautas de cambio importantes. En primer término, una fuerte disminución del empleo público, que cae más de 10 puntos en el período considerado. Este descenso se explica principalmente por el mayor peso relativo del empleo privado en el 2006 y, en menor medida, de los trabajadores por cuenta propia. Por su parte, se equilibra notoriamente la participación de Montevideo y el interior urbano en la composición de los ocupados de estas edades, al tiempo que no se observan mayores transformaciones en cuanto a la estructura por sexo.

Adicionalmente, respecto a inicios de la década pasada, en el año 2006 se ve agudizada la estratificación por edades de los ingresos de los trabajadores. La literatura internacional especializada sobre trayectorias

<sup>1</sup> De esta forma, se simulan los marginales de una tabla clásica de movilidad ocupacional, suponiendo que una de las poblaciones representa aproximadamente la generación de los padres de la otra.

ocupacionales<sup>2</sup> señala que los cambios asociados al ciclo vital suponen para cada cohorte un predominio de la movilidad ascendente a medida que las personas envejecen. El ingreso medio que perciben los distintos grupos etarios constituye un indicador indirecto de la calidad de la inserción ocupacional. La gráfica siguiente muestra que el ingreso medio es progresivamente superior entre los trabajadores de más edad (la población de 35-39 años se ubica aproximadamente en el nivel de ingresos promedio).

A su vez, en los últimos 15 años el salario de los ocupados más jóvenes se ha deteriorado con relación al de los restantes grupos etarios. En el 2006 el ingreso medio de los trabajadores de entre 25 y 29 años era un 40% inferior al registrado para el promedio de los ocupados, aproximadamente diez puntos por debajo de la cifra correspondiente al año 1991. Una situación similar se constata todavía para el tramo de 30-34 años. Cabe destacar finalmente que, a diferencia de lo observado en 1991, las variaciones en el ingreso en el 2006 son significativas para cada uno de los tramos de edad,<sup>3</sup> lo que refuerza la idea de una mayor rigidez de la estratificación ocupacional en términos generacionales.

### **3.2. Los cambios en las últimas etapas vitales del ciclo ocupacional**

En el otro extremo, las transiciones hacia la tercera edad pueden pensarse como un progresivo desprendimiento del conjunto de roles y estatus que caracterizan típicamente la condición de las personas adultas y un proceso paralelo de conformación de nuevos arreglos que enmarcan la interacción con los principales ámbitos de provisión de bienestar social: la familia, el mercado y el Estado. Uno de los aspectos de mayor interés en este sentido es el análisis del calendario y la intensidad de los tránsitos vinculados a la salida de la fuerza de trabajo y sus posibles efectos sobre la ubicación de los viejos en la estructura social.

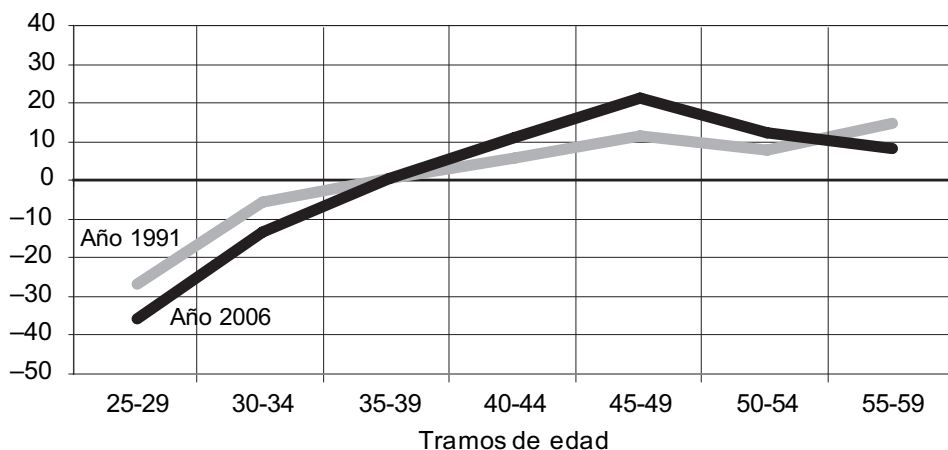
En términos comparados, los viejos uruguayos presentan en el Uruguay actual un nivel de bienestar relativamente alto (especialmente en comparación con otros grupos etarios, como los niños). En buena medida esta situación aparece asociada a los altos niveles de cobertura social del país,

---

<sup>2</sup> Una referencia obligada sobre este tema es el estudio clásico de S. M. Lipset y R. Bendix: *Social mobility in industrial society*, Berkeley: University of California Press, 1959, disponible en <<http://www.questia.com/PM.qst?a=oyd=99015498>>.

<sup>3</sup> En 1991, las diferencias eran significativas en la comparación de las edades jóvenes (25 a 29 y 30 a 34 años), entre sí y respecto de las restantes, pero no entre la totalidad de los tramos siguientes.

**Gráfico 5. Ingresos personales de los ocupados  
(como porcentaje del ingreso promedio del total de ocupados)  
según tramos de edad. Localidades de 5000 habitantes o más,  
1991 y 2006**



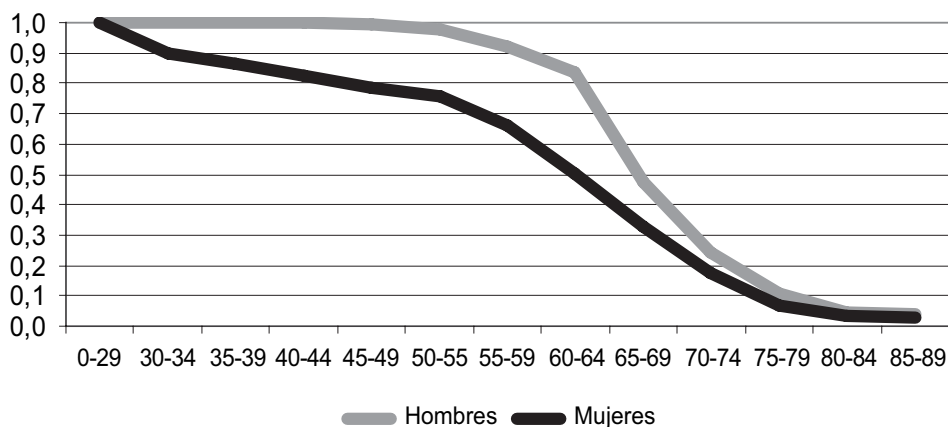
Fuente: Elaboración propia basada en la ECH y la ENHA del INE.

derivados del acceso prácticamente universal a los tradicionales programas contributivos y no contributivos de transferencia de ingresos de jubilaciones y pensiones. Aunque un conjunto no desdeñable de la población de la tercera edad trabaja (cerca de un 20% de las personas de 65 años o más), su participación en el mercado laboral es extremadamente baja en el contexto latinoamericano, precisamente por la universalidad de los programas de seguridad social.

### **3.2.1. La transición hacia fuera de la fuerza de trabajo**

Las pautas de retiro difieren fuertemente entre hombres y mujeres debido a las propias historias laborales de unos y otras. En realidad, una proporción importante de las mujeres que alguna vez trabajaron dejan de hacerlo a edades muy tempranas, que no se asocian con el tránsito a la tercera edad. De acuerdo con la información retrospectiva aportada por la Encuesta SABE para Montevideo a inicios de la década, aproximadamente un 10% de las capitalinas de 60 años o más dejó de trabajar definitivamente antes de los 34, un 20% antes de los 44 y casi un 30% ya no lo hacía a los 55. Aunque puede haber excepciones, estas situaciones sugieren que muchas de ellas

**Gráfico 6. Edad de salida del trabajo para personas que alguna vez trabajaron, por sexo\***



\* Las personas que no trabajan pero buscan trabajo no se contabilizan como salidas.

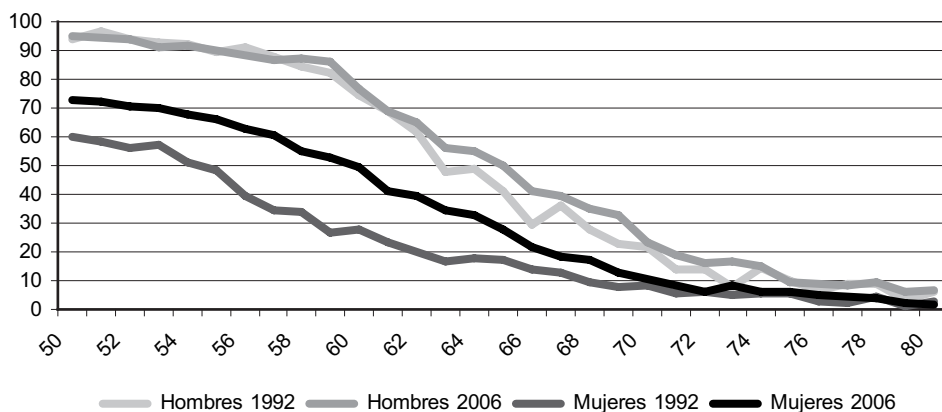
Fuente: Elaboración propia basada en la Encuesta SABE, 2000.

han tenido experiencias laborales relativamente cortas que terminaron antes del acceso al beneficio de la jubilación, como se verá en el apartado siguiente. Luego de los 55 años las salidas presentan un ritmo marcadamente más pronunciado, hasta completarse prácticamente entre los 75 y 79 años.

La pauta masculina es completamente distinta. Prácticamente ninguno de los varones deja de trabajar (o de buscar trabajo) antes de los 55 años, aproximadamente un 10% lo hace entre los 55 y los 59 y una proporción similar entre los 60 y los 64. A partir de los 65 años, edad que coincide aproximadamente con la requerida para obtener los derechos jubilatorios, la caída en la proporción de hombres que trabajan es abrupta. De hecho, en la década de vida que se extiende hasta los 75 años se produce cerca del 60% de los retiros de la actividad. A los 79 años solamente permanece activo uno de cada diez varones.

Las transiciones de salida de los uruguayos han venido registrando algunos cambios en los últimos años, asociados a una importante prolongación de la etapa activa. En efecto, tanto hombres como mujeres han venido retrasando la salida del mercado de trabajo, aunque esta tendencia responde principalmente a la situación de las mujeres. Como se observa en el gráfico siguiente, la proporción de mujeres de 50 años activas se ubicaba en el 2006 diez puntos porcentuales por encima de la registrada a inicios de los noventa (grosso modo, 70% y 60% respectivamente). Esta diferencia expresa la

**Gráfico 7. Tasa de actividad según edades simples por sexo. Población de entre 50 y 80 años. Localidades de 5000 habitantes o más, 1992 y 2006**



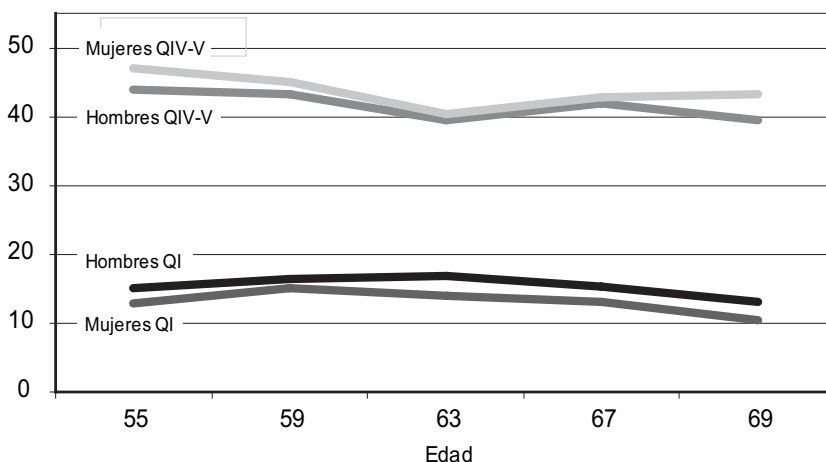
Fuente: Elaboración propia basada en la ECH del INE.

feminización de la PEA comentada antes. Además, el ritmo con que caen las tasas de actividad femenina con la edad era sensiblemente más pronunciado en 1991, lo que indica que los cambios no han sido solo de intensidad (cuántas llegaron a esas edades en actividad) sino también de calendario (cuándo se retiraron).<sup>4</sup>

Una segunda dimensión importante para caracterizar el tránsito desde las últimas etapas del ciclo ocupacional hacia el descanso refiere a los impactos asociados a la salida de la fuerza laboral en términos de mejora o empeoramiento de las condiciones de vida. Aunque todavía se requieren estudios específicos de mayor profundidad, la evidencia disponible sugiere que a lo largo de las edades en que se constata la mayor parte de estas transiciones no se producen cambios importantes en la ubicación en la estructura de ingresos del conjunto de la población. Los resultados del análisis de falsas cohortes para los uruguayos nacidos a mediados de la década del treinta (que alcanzaron los 70 años de edad sobre el 2006) ilustra esta situación. Tal como se desprende del gráfico siguiente y a pesar de algunas leves oscilaciones, el porcentaje de personas en hogares del quintil más pobre (algo menos del 10%) se mantuvo relativamente estable para esta cohorte

<sup>4</sup> Contrariamente a lo señalado para el ingreso a la fuerza de trabajo, la edad al retiro no presenta diferencias sustantivas para los distintos estratos educacionales.

**Gráfico 8. Cohorte\* de nacidos en 1936 según ubicación en la estructura general de ingresos por sexo y edad. Localidades de 5000 habitantes o más**



\* El análisis se realiza a partir de falsas cohortes.

Fuente: Elaboración propia basada en la ECH del INE (1991-2005).

de uruguayos entre las edades de 60 y 75 años. Otro tanto se aprecia respecto al peso relativo de los quintiles IV y V (algo menos de la mitad). Nótese, en tercer lugar, que no surgen de la evidencia diferencias sustantivas por sexo.

Aunque esta información no aporta más que resultados aproximados y en forma indirecta, sugiere que el retiro de la fuerza laboral en la generación actual de viejos no ha supuesto, globalmente, situaciones de movilidad social descendente. Las cohortes poblacionales que en los últimos años han transitado o se encuentran transitando hacia la tercera edad heredan en términos generales los legados de la estructura de bienestar que primó en el país durante buena parte de su vida activa. Tanto los derechos jubilatorios derivados directamente de la participación pasada en el mercado de empleo como las prestaciones del Estado vinculadas a la transferencia de rentas por vejez o viudez, de particular importancia en el caso de las mujeres, aseguran en términos generales a estas generaciones una protección básica durante el tránsito a esa etapa vital. Téngase presente en este sentido que, a pesar de comportar montos relativamente bajos, el valor de las prestaciones por jubilaciones y pensiones es el más alto del conjunto de las transferencias de ingreso del Estado: en el 2006, las pensiones contributivas representaban en promedio



**Cuadro 3. Población inactiva de 65 años o más según acceso a jubilaciones y pensiones por quintiles de ingreso per cápita. Total del país, 2006**

	Quintil 1	Quintil 2	Quintil 3	Quintil 4	Quintil 5	Total
Jubilado	50,7	65,5	73,8	78,9	78,9	72,4
Pensionista	29,5	23,5	17,3	14,3	13,6	18,1
Otros inactivos	19,8	10,9	8,9	6,9	7,5	9,5
Total	100	100	100	100	100	100

Fuente: Elaboración propia basada en la ENHA del INE.

1,5 salarios mínimos y las no contributivas el 0,8. Estas últimas son, por poner un ejemplo, diez veces mayores que los montos monetarios por hijo derivados del programa de Asignaciones Familiares (Banco Mundial, 2007).

Sin embargo, el acceso a los beneficios del sistema de jubilaciones y pensiones en la población inactiva muestra una estructura regresiva: el 20% de los adultos mayores del primer quintil de ingresos carece de este tipo de cobertura social, en comparación con menos del 8% en los hogares del quintil más rico, y solo la mitad de los primeros reciben jubilación, frente a más de las tres cuartas partes de los últimos (cuadro 3).

### **3.3. La doble transición laboral: el retiro prematuro de las mujeres jóvenes en edad de trabajar**

Otro proceso que ha caracterizado la dinámica laboral del país, como se vio, es la creciente participación de las mujeres en el mercado de trabajo. Esta tendencia es relativamente generalizada, aunque cabe señalar que el Uruguay se distingue en la región por sus elevadas tasas de actividad femenina, proceso que se ha acentuado además en las últimas décadas. Parte de la evidencia disponible sugiere que la feminización de la PEA podría ser interpretada en términos de estrategias familiares de movilización de mano de obra en contextos de crisis; por ejemplo, ante el desempleo del varón (Astori, 2005; Bucheli, 2002). Sin embargo, otras evidencias arrojan pistas sobre líneas de interpretación complementarias.

En primer lugar, hay señales que insinúan que el aumento de la participación femenina tiene un carácter más estructural que coyuntural y que tiende a mantenerse con relativa independencia de los períodos de retraimiento y recuperación de la economía. Esta tendencia se asocia en parte a los mayores niveles de actividad entre las mujeres solteras y divorciadas, pero

**Cuadro 4. Tasas específicas de participación laboral en el hogar para mujeres, cónyuges e hijos. Localidades de 5000 habitantes o más, 1991 y 2006**

Quintiles de ingreso	Mujeres (a)		Hijos (b)		Cónyuges (c)		Total (d)	
	1991	2006	1991	2006	1991	2006	1991	2006
Quintil 1	48,0	56,4	55,9	49,9	44,2	56,2	68,6	70,9
Quintil 2	55,4	67,3	59,9	57,4	51,7	67,3	73,9	79,0
Quintil 3	61,4	73,1	63,6	61,9	57,4	71,9	78,6	83,5
Quintil 4	63,1	77,7	66,0	62,2	58,6	78,6	80,7	87,5
Quintil 5	68,0	80,1	65,8	57,3	63,6	81,3	84,4	90,6
Total	58,5	69,5	61,8	57,2	54,2	69,6	76,9	81,6

(a) Promedio de mujeres activas / Mujeres en edad de trabajar en el hogar

(b) Promedio de hijos activos / Hijos en edad de trabajar en el hogar

(c) Promedio de cónyuges activos / Cónyuges en edad de trabajar en el hogar

(d) Promedio personas activas / Personas en edad de trabajar en el hogar

Fuente: Elaboración propia basada en la ECH del INE.

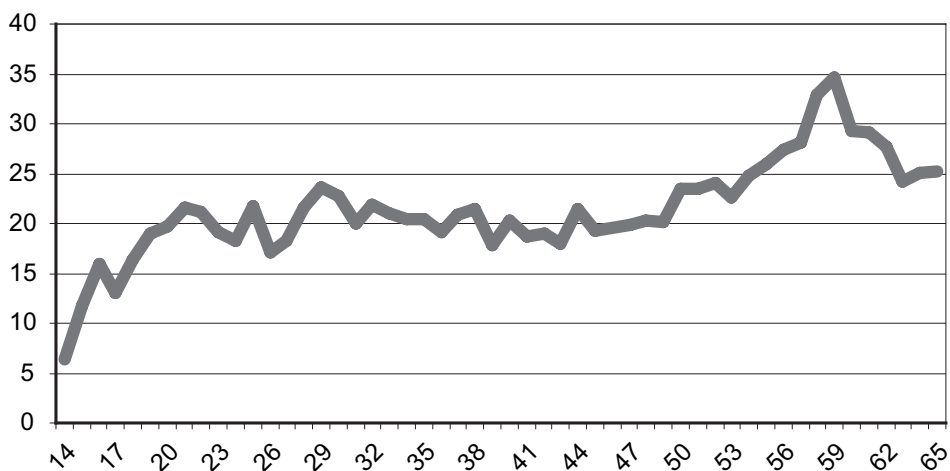
ya en la década de los noventa se verificaba también en la conducta de las casadas y en todos los estratos de educación (Bucheli, Miles y Vigorito, 1998).

En segundo lugar, la consideración de las tasas medias de participación laboral en los hogares (cuadro 4) lleva a concluir que el aumento de la actividad en la población femenina y entre los cónyuges —mayoritariamente mujeres— no fue acompañado por una tendencia similar en la situación de otros miembros potencialmente activos, como podría esperarse si se tratara exclusivamente de una estrategia familiar orientada a paliar los efectos de circunstancias críticas. Tal es el caso en particular de los hijos, para quienes de hecho se verifica el proceso contrario.

En tercer término, el aumento en la proporción de mujeres activas en los hogares atraviesa todos los estratos de ingresos; es decir, no constituye un proceso específico de los contextos ocupacionalmente más vulnerables.

En suma, es probable que una parte importante de la explicación del incremento de la participación femenina se vincule más a cambios demográficos y socioculturales que a respuestas familiares ante las vicisitudes del mercado. Entre esos cambios se pueden mencionar las tendencias asociadas a la primera y la segunda transición demográfica: el crecimiento del porcentaje de jefas de hogar, la postergación del momento de la maternidad, la reducción del número de hijos y el pronunciado aumento en la disolución de

**Gráfico 9. Diferencia en las tasas de actividad de hombres y mujeres\* según edades simples. Total del país, 2006**



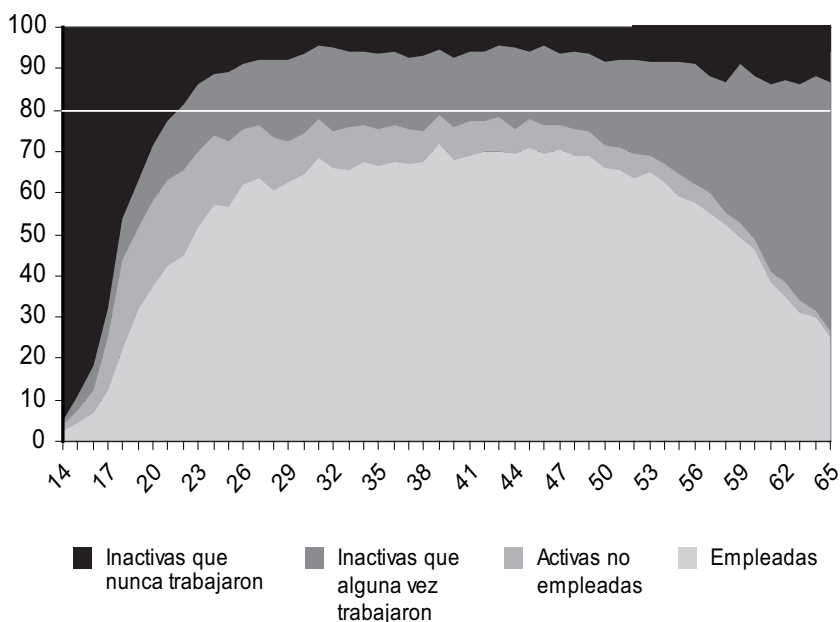
\* Tasa de actividad masculina – Tasa de actividad femenina  
Fuente: Elaboración propia basada en la ENHA del INE.

uniones, entre otras (Cabella, 2007). En cuanto a los cambios de carácter sociocultural se destacan el incremento relativo de los logros educativos de las mujeres y la mayor capacidad de proyectos vitales con autonomía de la situación del varón.

A pesar de lo dicho, las tasas de actividad femenina continúan ubicándose sensiblemente por debajo de las registradas para los hombres. Las diferencias se evidencian ya en las edades más jóvenes y se vuelven más pronunciadas en aquellos tramos etarios asociados a dos ciclos vitales característicos: el primero, aproximadamente entre los 20 y los 30 años, coincide con la edad en que tiene lugar una parte importante de la fase reproductiva de las mujeres; el segundo se extiende desde los 50 hasta los 60 años y expresa un retiro más tardío del mercado laboral para los varones, aspecto que fue comentado en el apartado anterior (gráfico 9).

Esta situación ilustra dos secuencias claramente diferenciadas por sexo. En el caso de los hombres, la actividad crece en forma sostenida hasta los 31 años, momento en que alcanza prácticamente al 100%, permanece constante hasta los 50 y recién cae en forma pronunciada a partir de los 60. Sin embargo, aproximadamente hasta los 25 años se observan procesos de entrada y salida de los varones del mercado de trabajo (alrededor de un 10%

Gráfico 10. Trayectoria laboral en mujeres según edades simples. Total del país, 2006



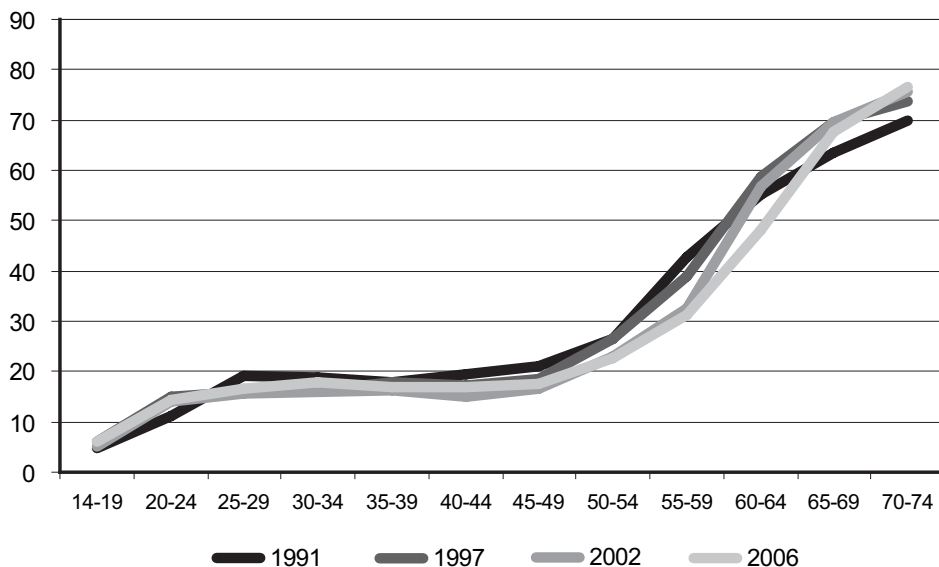
Fuente: Elaboración propia basada en la ENHA del INE.

de los varones de esa edad alguna vez trabajaron pero se encuentran inactivos), lo que, tal como se sugirió, parece indicar que la inserción ocupacional en estas edades reviste un carácter relativamente intermitente para un conjunto importante de la población.

Por su parte, y a pesar de que la tasa de actividad de las uruguayas nunca ha superado el 80%, a los 20 años casi un 90% de las mujeres ha tenido alguna vez un empleo estable o ha buscado trabajo, proporción que alcanza incluso al 95% a la edad de 25. Puede afirmarse, en consecuencia, que el tránsito femenino al empleo es mucho mayor que el que se deduce de la consideración de las series de actividad. Esta aparente contradicción responde a que buena parte de ellas se retrae del mercado laboral a edades muy jóvenes, situación que ya se observa antes de los 20 años y que alcanza a alrededor de una de cada cinco mujeres entre los 25 y aproximadamente los 50 años (gráfico 10).

Aunque la evolución en el mediano plazo muestra un leve pero sostenido aumento en la proporción de mujeres inactivas que alguna vez trabajaron,

**Gráfico 11. Mujeres inactivas que alguna vez trabajaron por tramos de edad. Localidades de 5000 habitantes o más, años seleccionados**



Fuente: Elaboración propia basada en la ECH del INE.

no parecen haberse operado cambios importantes en los últimos quince años. En el tramo de 55 a 65 años, en cambio, tales situaciones han tendido a disminuir, pero esta tendencia es de naturaleza distinta y debe atribuirse a la postergación del momento de la jubilación, fenómeno que no es exclusivamente femenino (gráfico 11).

No es posible determinar con la información disponible en qué medida esta *doble transición* dentro y fuera del empleo se da de una vez para siempre y en qué cantidad de casos se producen, en cambio, reinserciones posteriores, puesto que no se cuenta con datos longitudinales sobre trayectorias personales. De una parte, la estabilidad en el porcentaje de mujeres que han mutado hacia la inactividad sugiere que muchas de ellas no vuelven a incorporarse al mercado de trabajo una vez que lo abandonan. Sin embargo, tal como se discutirá enseguida, es probable que un conjunto significativo de mujeres se reintegre a la esfera laboral luego de un *período ventana* de inactividad que coincide con la fase reproductiva y el cuidado de los hijos más pequeños.

**Cuadro 5. Modelo logit sobre la probabilidad de que mujeres de entre 20 y 39 años emancipadas y que alguna vez participaron en el mercado laboral dejen de ser activas**

Variables en el modelo	Odds Ratio	Std. Err.	z	P>z	Intervalo de confianza (95%)	
Edad 25 A 29	0,8982	0,0671	-1,44	0,151	0,7758	1,0398
Edad 30 A 34	0,8509	0,0633	-2,17	0,030	0,7356	0,9844
Edad 35 A 39	0,7644	0,0588	-3,49	0,000	0,6574	0,8889
Jefa de hogar	0,4470	0,0271	-13,3	0,000	0,3970	0,5033
7 a 9 años de educación	0,6981	0,0374	-6,71	0,000	0,6285	0,7754
10 a 12 años de educación	0,3994	0,0227	-16,17	0,000	0,3574	0,4464
13 o más años de educación	0,1763	0,0150	-20,35	0,000	0,1492	0,2084
Hijo menor de 4 a 5 años	0,6966	0,0443	-5,68	0,000	0,6150	0,7891
Hijo menor de 6 o más años	0,5144	0,0280	-12,2	0,000	0,4623	0,5724
Sin hijos	0,3047	0,0257	-14,1	0,000	0,2583	0,3594
Pseudo R2 =0,1020						

Fuente: Elaboración propia basada en la ENHA del INE 2006.

La doble transición dentro y fuera del mercado laboral entre las uruguayas jóvenes aparece asociada a un conjunto de factores relativos a su posición en la estratificación social, a las configuraciones familiares y a sus ciclos vitales y reproductivos. Para explorar estas relaciones se ajustó un modelo logístico sobre la probabilidad de que las mujeres jóvenes (de entre 20 y 39 años) emancipadas y que alguna vez participaron en el mercado laboral dejen de ser activas. Para tal fin se incorporaron las variables *edad*, *jefatura de hogar*, *educación* y *edad del hijo menor* (las categorías de referencia fueron, respectivamente, edad = 20 a 24; relación de parentesco = cónyuge; educación = hasta 6 años; edad del hijo menor = 3 años o menos).

Los resultados expuestos en el cuadro 5 y permiten arribar a un conjunto de conclusiones preliminares que deberán ser profundizadas en análisis ulteriores.

- Céteris páribus, la doble transición es más probable entre las mujeres de menor educación y afecta en menor proporción de casos a las jefas de hogar. A resultados muy similares se arriba si se considera el nivel de ingresos del hogar en lugar del máximo nivel educacional alcanzado (esta variable no se incluye en el modelo presentado).
- Las probabilidades de estar retirada del mercado laboral tienden a disminuir a partir de los 30 años con relación a las mujeres de 20 a

24, en tanto las diferencias no resultan estadísticamente significativas para el tramo 25-29. A su vez, la edad del hijo menor tiene un impacto significativo y de signo negativo sobre la probabilidad de haberse retirado del mercado laboral a edades potencialmente activas. Asimismo, las mujeres sin hijos tienen una probabilidad sensiblemente menor que las madres de encontrarse en esta situación. Ambos resultados sugieren que una parte importante de las mujeres que abandonan el mercado de trabajo en las fases reproductivas se reintegra una vez que los menores del hogar alcanzan las edades típicas de acceso a la escuela (cerca del 85% de los niños de cuatro años y prácticamente todos los de cinco y más en el Uruguay están matriculados). Estudios anteriores para Montevideo han señalado que la presencia de niños pequeños en el hogar afecta tanto los niveles de actividad femenina como la carga horaria con la que se insertan las que permanecen ocupadas (Diez de Medina, 1992).

Adicionalmente, se exploraron posibles interacciones entre la presencia de hijos pequeños en el hogar y los años de educación alcanzados por la madre o el nivel de ingresos de la familia, a fin de analizar si el impacto de la maternidad en la actividad laboral depende o no de la posición social de pertenencia. Contrariamente a la hipótesis de partida, los coeficientes no resultaron en este caso significativos, lo que indicaría en un primer examen que el efecto de la presencia de hijos menores sobre el retiro del mercado de empleo de las madres opera en todos los estratos socioeconómicos.

En cualquier caso, estas primeras aproximaciones parecen indicar una dimensión específica de vulnerabilidad social que afecta a las mujeres jóvenes con hijos. Téngase presente que, en condiciones de inactividad, tanto las madres como sus hijos resienten el acceso a buena parte de las prestaciones sociales y monetarias derivadas del trabajo, al menos en forma autónoma de la situación del cónyuge o de otros familiares. Aun cuando los impulsos recientes en materia de transferencias a los hogares más pobres han extendido los sistemas de protección más allá de los vínculos con el mercado laboral (por ejemplo, el Programa de Ingreso Ciudadano o las Asignaciones Familiares), un conjunto importante de estas mujeres no cuenta con cobertura social derivada de un empleo formal ni tampoco califica para acceder a los programas focalizados en la extrema pobreza. La cuasiuniversalización de la educación inicial a los cuatro años y la universalización a los cinco constituyen logros muy relevantes en este contexto, pero las políticas educativas orientadas a las edades más pequeñas, a pesar de su importancia, no cuentan todavía con niveles de cobertura similares.

Por otra parte, si un conjunto importante de estas mujeres vuelve a incorporarse al trabajo luego de culminado el ciclo reproductivo, como parece

sugerir la evidencia revisada, es relevante avanzar en el análisis de los impactos que para las carreras laborales femeninas supone el retiro temporal del mercado en términos de calidad del empleo, posibilidades de movilidad ocupacional vertical y remuneraciones, derivados entre otras cosas de la pérdida de contactos y redes interpersonales.

## 4. A modo de cierre

Uruguay enfrenta el difícil desafío de recomponer un sistema de protección de sus riesgos sociales que le permita recuperar los niveles de equidad en el acceso al bienestar que lo han distinguido históricamente en el contexto regional. El efecto conjunto de las transformaciones registradas en las últimas décadas en el mercado de empleo, por una parte, y de los cambios sociales y familiares asociados a la primera y a la segunda transición demográfica, por otra, pone en escena nuevas formas de vulnerabilidad y exige repensar una estructura de bienestar que ha venido perdiendo eficacia. Los problemas discutidos a lo largo del artículo sugieren algunas pautas de transformación en la producción de tales riesgos, vinculadas a los cambios en los ciclos vitales ocupacionales.

En primer término, se evidencia un corrimiento hacia adelante de las edades de ingreso y de retiro de la actividad laboral. Para las cohortes más jóvenes, estas tendencias podrían abrir un espacio de oportunidades con vistas al tipo de inserción ocupacional a que puedan aspirar, pero su impacto dependerá en buena medida de la capacidad de mejorar exponencialmente las todavía muy bajas tasas de escolarización y, sobre todo, de culminación del ciclo de enseñanza media. La evidencia preliminar presentada en este documento sugiere que la inserción durante las primeras etapas vitales del ciclo ocupacional resulta más problemática en la actualidad que una década y media atrás. Por su parte, tanto en los hogares como en el conjunto de la sociedad, la postergación de los tránsitos hacia el empleo implica una prolongación de la condición de dependencia de los miembros más jóvenes y un traslado de la carga fiscal de la seguridad social hacia los mayores.

Para la mayoría de los uruguayos, las últimas etapas del ciclo ocupacional coinciden con el acceso a la jubilación, aunque una parte importante de las mujeres que han trabajado dejan de hacerlo a edades mucho más jóvenes. Los niveles de actividad de los uruguayos viejos son comparativamente bajos en la región, lo que se explica por los altos niveles de cobertura social, básicamente derivados de los derechos a pensiones y jubilaciones adquiridos por la contribución propia o, en el caso de una porción significativa de las mujeres, del cónyuge. Sin embargo, algunos uruguayos de 65 años o



más no reciben prestaciones de ningún tipo y otros continúan vinculados al mercado de trabajo hasta edades muy avanzadas. Este tipo de situaciones resulta más frecuente hoy que quince años atrás y parece razonable esperar que la tendencia se acentúe en el futuro cercano: la propia postergación en la transición al empleo, sumada a un tipo de inserción ocupacional de peor calidad y más intermitente, supone un fuerte riesgo sobre las posibilidades que las generaciones actualmente activas tendrán de acceder a los beneficios que perciben sus predecesores.

Por fin, aunque en sostenida expansión, la actividad de las mujeres mantiene una importante limitación vinculada a sus trayectorias vitales y a los ciclos reproductivos del hogar: aunque casi todas las uruguayas han trabajado alguna vez, muchas de ellas se retraen, en forma definitiva o no, del mercado de empleo durante la fase de cuidado de los hijos pequeños. No parecen existir en la actualidad respuestas específicas adecuadas para este tipo de situaciones. La extensión de algunos programas sociales como Asignaciones Familiares o el propio PANES desligados de la condición laboral de los adultos, o los logros en cuanto a la universalización de la educación inicial, constituyen avances positivos en tal sentido, pero la evidencia sugiere que todavía resta mucho por mejorar en esta materia.

## Bibliografía

- AMARANTE, V., y R. ARIM: «El mercado laboral: cambios estructurales y el impacto de la crisis, 1986-2002», en *Uruguay. Empleo y protección social. De la crisis al crecimiento*, Santiago de Chile: Oficina Internacional del Trabajo, 2005.
- ASTORI, D.: «Estancamiento, desequilibrios y ruptura. 1955-1972», en *El Uruguay del siglo XX*, tomo I: «La economía», Montevideo: UDELAR, Facultad de Ciencias Económicas y Administración, Instituto de Economía, Ediciones de la Banda Oriental, 2005.
- BANCO MUNDIAL: *Las políticas de transferencia de ingresos en Uruguay: cerrando las brechas de cobertura para aumentar el bienestar*, Montevideo: Oficina Regional para América Latina y el Caribe, Departamento de Desarrollo Humano, Unidad de Gestión de Países para Argentina, Chile, Paraguay y Uruguay, 2007.
- BERTINO, M., et al.: «La larga marcha hacia un frágil resultado. 1900-1955», en *El Uruguay del siglo XX*, tomo I: «La economía», Montevideo: UDELAR, Facultad de Ciencias Económicas y Administración, Instituto de Economía, Ediciones de la Banda Oriental, 2005.
- BUCHELI, M.: *La actividad de las mujeres ante el desempleo de su cónyuge*, Montevideo: CEPAL, 2002.
- BUCHELI, M., D. MILES y A. VIGORITO: «A dynamic analysis of household decision: the Uruguayan case», en O. ATTANASIO y M. SZÉKELY: *The family in flux: house*

- decision-making in Latin America*, Washington: Banco Interamericano de Desarrollo, 1998.
- CABELLA, W.: *El cambio familiar en Uruguay: una breve reseña de las tendencias recientes*, Montevideo: UNFPA, 2007.
- CARDOZO, S., y A. IERVOLINO: *Adiós juventud: modelos de transición a la vida adulta en Montevideo*, Montevideo: Facultad de Ciencias Sociales, 2007.
- DIEZ DE MEDINA, R.: *El sesgo de selección en la actividad de jóvenes y mujeres*, Montevideo: UDELAR, Facultad de Ciencias Sociales, Departamento de Economía, 1992.
- FILGUEIRA, C.: *La actualidad de viejas temáticas: sobre los estudios de clase, estratificación y movilidad social en América Latina*, Santiago de Chile: CEPAL, serie Políticas Sociales, 2001.
- FILGUEIRA, F., et al.: «Estructura de riesgo y arquitectura de protección social en el Uruguay actual: crónica de un divorcio anunciado», en *Prisma (Revista de Ciencias Humanas de la Universidad Católica del Uruguay)*, n.º 21, 2005.
- FILGUEIRA, F., y D. GELBER: *La informalidad en Uruguay: ¿un mecanismo de adaptación del trabajo o del capital?*, Montevideo: Monitor Social del Uruguay, Documento de Trabajo del IPES n.º 5, 2003.
- JELIN, E.: «Cambios ocupacionales en Monterrey: ciclo vital y cohortes», en J. BALÁN, H. BROWNING y E. JELIN (coords.): *Migración, estructura ocupacional y movilidad social (el caso de Monterrey)*, México: UNAM, Instituto de Investigaciones Sociales, 1973.
- KAZTMAN, R., y A. RETAMOSO: «Segregación espacial, empleo y pobreza en Montevideo», en *Revista de la CEPAL*, n.º 85, 2005.
- LECCARDI, C.: «Facing uncertainty. Temporality and biographies in the new century», en *Young. Nordic Journal of Youth Research*, Sage Publications, 2005, disponible en <[www.sagepublications.com](http://www.sagepublications.com)>.
- SUPERVIELLE, M., y M. QUIÑONES: *Evolución del trabajo en el Uruguay y los significados atados a su desarrollo*. Montevideo: UDELAR, Facultad de Ciencias Sociales, Departamento de Sociología, Documento de Trabajo n.º 45, 2005.
- TOKMAN, V.: *De la informalidad a la modernidad*, Ginebra: OIT, 2001.

---

## Resumen

Los niveles de bienestar social del Uruguay fueron comparativamente altos en la región durante buena parte del siglo XX. Más recientemente, el agotamiento del modelo de desarrollo hacia adentro, la caída del sector secundario y el retraimiento del Estado como empleador y regulador del mercado laboral impactaron duramente en la estructura social del país y en la inserción ocupacional de distintos sectores de la población. Este artículo explora tres procesos relacionados con los cambios en los ciclos vitales ocupacionales que se esbozan en la última década y media: la transición al empleo en la población joven, las trayectorias de retiro de la fuerza laboral entre los adultos mayores y los procesos de entrada y salida de la actividad en el caso específico de las mujeres.

**Palabras clave:** Mercado laboral, Reforma del Estado, Empleo, Estructura social, Uruguay, Trabajo de jóvenes, Sistemas de jubilaciones, Política de género.

## Abstract

Uruguay's levels of social well-being were comparatively high in the region during a great part of the twentieth century. More recently, the depletion inwards of the development model, the collapse of the secondary sector and the withdrawal of the State as employer and regulator of the labor market had a harsh impact on the country's social structure and on the occupational insertion of different sectors of the population. This article explores three processes related to the changes in occupational life cycles outlined in the last decade and a half: the transition to the work force by the younger population, the retirement trajectories of the elderly from the work force and the processes of entering and exiting activity in the specific case of women.

**Key words:** Labor market, State reform, Employment, Social structure, Uruguay, Young people work, Retirement system, Gender policy.

---

Copyright of Prisma is the property of Universidad Catolica del Uruguay Damaso Antonio Larranaga and its content may not be copied or emailed to multiple sites or posted to a listserv without the copyright holder's express written permission. However, users may print, download, or email articles for individual use.